

DIRIGISMO Y LIBERTAD

Por GERMAN BERNACER.

La obsesión o, como se dice ahora, la psicosis de nuestro tiempo, es el dirigismo. Una tesis de los que propugnan la dirección económica es que lo inteligente es superior a lo inconsciente. Un autor inglés dice: 'El automatismo, aun siendo eficaz, cuando lo es, lo que no ocurre siempre, es lo que debe ser evitado. Lo automático no es humano; lo humano es lo consciente, lo responsable, lo personal. Mi tesis es que, en el grado de nuestra fe en la humanidad, háy que procurar reducir lo automático en nuestra sociedad a un mínimo, y que no tendamos a su aumento como un ideal'.

He aquí una proposición altamente discutible. La economía, que no es un fin en si misma, sino un medio para fines concretos, se revela precisamente por una tendencia al automatismo, como medio de reducir el esfuerzo inteligente. Si algo se puede hacer bien sin necesidad de fijar en ello la atención, es preferible hacerlo así. Además, cuando se ha adquirido el automatismo suficiente, se suele hacer mejor y más de prisa. Una cosa se ha aprendido cuando se ha llegado a ejecutarla bien inconscientemente. El hacer calceta no es una labor eficiente hasta que se realiza automáticamente, pudiendo al mismo tiempo poner la atención en la conversación o en otra cosa. No se sabe escribir hasta que las letras se trazan sin pensar. ¿Cuánto tiempo tardaría yo en escribir estas páginas si no hubiera superado aquel periodo de mi niñez en que, el trazar cada signo representativo de un sonido, me exigía reflexión y atención? Sólo mediante el automatismo en esto podemos luego llevar nuestra atención, mientras escribimos, a los conceptos e ideas que queremos expresar. La educación consiste en gran parte en crear automatismos, lo cual no quiere decir que no se procure desarrollar la inteligencia. La inteligencia sólo puede aplicarse a fines superiores cuando se han superado los elementales, que son susceptibles de realización inconsciente.

Ciertamente que los irracionales son seres en los cuales domina el automatismo. El instinto se halla constituido por reacciones automáticas; no sabemos si siempre lo han sido. En el hombre, la inteligencia ocupa un lugar relativamente mas grande, pero esto no quiere decir que los automatismos sean en absoluto menores. El número de automatismos que poseemos los humanos es mayor que el

que tienen los animales; la educación los está creando de continuo. Lo que sucede es que la labor de la inteligencia es más activa y nuestros automatismos se hallan más intervenidos por la inteligencia, que unas veces los corrige más diligentemente y otras los hace perdurar más allá de lo razonable, como sucede cuando se interponen prejuicios y doctrinarismos, que son la forma intelectual de la rutina.

Por otra parte, si la educación y el aprendizaje consisten en gran medida en hacer automáticas las reacciones que son medios para obtener fines que se juzgan útiles, esto es, en pasar de lo consciente a lo inconsciente, no hay que olvidar que lo más vasto en nuestro espíritu es lo consciente o subconsciente. Lo consciente es una pequeña región en esa gran área mental de lo inconsciente, que es iluminada por el débil faro de la atención. Pretender que la atención esté presente cuando una labor que no tenga su finalidad en ocupar la inteligencia se pueda realizar inconscientemente, es negar la economía misma, que en su acepción natural abarca todo lo que es viviente, y no tan sólo el sector de la pura economía social. Tanto en el aspecto psicológico como en el mecánico, la economía consiste en crear automatismos. Una máquina es tanto más perfecta cuando trabaja más automáticamente, porque requiere menos atención; compárese la rueda con la hiladora mecánica, el montacargas eléctrico con el torno.

Todo esto no constituye un argumento contra el dirigismo; lo único que yo pretendo demostrar es que no lo es en su favor. Los mecanismos básicos del organismo son automáticos, por ejemplo, la digestión, el funcionamiento del corazón, etc. ¿Se verificarían mejor si fueran conscientes y dependieran de nuestra atención? ¿Sabríamos digerir mejor si fuésemos capaces de dirigir conscientemente nuestras funciones nutritivas? ¡Desgraciado del que tenga que dirigir su digestión!

¡Ah! La Economía, se dirá no es un organismo fisiológico. A lo que cabe responder: La sociedad es un organismo viviente, y su economía viene a ser la fisiología de su nutrición. Los actos económicos son conscientes en cada uno de nosotros, sujetos de esa economía, pero el resultado global escapa a nuestra conciencia, hasta el punto que esos pocos siglos que hace que nos hemos enterado de que hay Economía, a fuerza de marchar mal, nos los hemos pasado en procurar darnos cuenta de lo que es y cómo funciona, y no lo hemos conseguido todavía. ¿Habrá individuos suficientemente superdotados para comprender intuitivamente su complicado mecanismo y saberlo guiar eficazmente?

La gran preocupación de los autores ingleses es buscar una forma de dirigismo que preserve la libertad individual, lo cual es probablemente una utopía, pues automáticamente la libertad queda restringida en la misma medida en que la economía es eficazmente dirigida. Hasta ahora

así ha sido en todos los casos históricos que hemos conocido, pero en política se padece siempre la ilusión de que lo que ha fracasado cuando se llevó a cabo por un cierto equipo, lo podrá hacer mejor otro equipo con otro espíritu o con otros recursos. El mirón es propenso a la crítica. Los dirigistas ingleses, reconociendo el fracaso del nacional-socialismo, creen posible intentar algo parecido, pero sin autoritarismo, a la manera que el espectador del juego piensa que él hubiera podido hacer una mejor jugada. Todo esto es puro ilusionismo sin fundamento, resultado de considerar las cosas con poca objetividad. Los acontecimientos sociales obedecen a una mecánica bastante uniforme, porque la psicología del hombre sobre la cual se apoya es aproximadamente la misma en todos los lugares; causas semejantes producen efectos análogos independientemente de los sujetos que intervienen en los acontecimientos, los cuales creen dirigirlos y van arrastrados por su fuerza incontrastable.

El sistema que propone el escritor a que nos referimos se parece al sistema corporativo establecido por el fascismo en Italia; habría un gran Consejo Económico Nacional, elegido por las industrias del país, a cuyos representantes se unirían representantes de los grupos sindicales, y de él dependería un Comité de planificación y otro de control de los precios. El Parlamento daría las directrices y el Consejo sólo sería autónomo en la esfera de los servicios económicos e industriales. El control del sistema monetario sería ajeno a él, por ser asunto tanto político como económico.

El autor cree que la dictadura se halla excluida, por tratarse de una soberanía limitada por la función y de una libertad definida por la ley, una libertad en que participan todos los que trabajan. Es curioso ver cómo se puede pensar, después de las experiencias que se tienen, que tal sistema es susceptible de preservar la libertad, pues ésta puede faltar lo mismo bajo un sistema electivo y democrático en apariencia, que bajo un Gobierno unipersonal.

Se dan en los propugnadores de estas soluciones curiosas inversiones de los problemas. Una de las atribuciones concedidas al Supremo Consejo Económico es limitar el ahorro. Limitar el ahorro sólo se puede conseguir regulando los ingresos y los gastos de cada individuo. ¿Cabe mayor restricción a la libertad individual? Esta propuesta nace de la idea singular de que hay un límite a las aplicaciones que se pueden dar al ahorro, de donde ha de resultar fatalmente si la producción y el ahorro son muy cuantiosos, un excedente de ambos que sería la causa del paro forzoso. Esto se apoya en ciertas afirmaciones de Keynes en su "Teoría General", de las cuales la única admisible es el hecho de observación de que los ciclos se caracterizan por fluctuaciones en la demanda de artículos de capital. Ahora que de aquí no se deduce necesariamente un exceso de producción de bienes de capital; la causa puede consistir en obstáculos a la capitalización, y el propio Keynes señala uno: el tipo de interés. En lo que habría que pensar es en remover esos obstáculos, no en impedir el desarrollo de los medios y la voluntad de producir. ¿Cómo se puede pretender que todas las aspiraciones del hombre que se pueden satisfacer por el empleo de trabajo están saciadas? Paseemos la mirada por el ancho mundo y echaremos de ver cuántas son las cosas que se podrían hacer para mejorar la suerte del hombre y no se hacen por falta de recursos, recursos que, en el fondo, no representan otra cosa que el trabajo disponible para hacerlas.

Algún día tendrá que instaurarse algo semejante a un Consejo General de Inversión del ahorro excedente de las capitalizaciones particulares, pero su misión será inversa de la que Purdom pretende: formar proyectos de inversión del ahorro en excedente, cuanto más abundante mejor, sometiendo su desarrollo a ritmo espontáneo de su formación y no capitalización privada. Esta diferencia de orientación marca el sentido opuesto de una economía libre y de una economía dirigida. En la primera, hay expansión libre de las actividades individuales, y la acción colectiva, en aquella parte que ha de ser colectivamente ordenada, queda sometida al resultado de las actividades libres de los individuos. En una economía dirigida se procede al revés; se imponen normas con arreglo a ciertos fines preestablecidos.